

XIV

EL EMPEDRADO DEL INFIERNO.

Nini Moustache, por su parte, había vuelto á entrar en su cuarto de la calle Pigalle.

Aurelia, apeándose á la esquina de la Chaussée d'Antin, le dejó el carruaje para conducirla, y en seguida que estuvo sola, Nini se puso á reflexionar profundamente.

La ardiente palabra de la singular jóven de quien acababa de separarse, le había convencido. Estaba decidida á seguir inmediatamente sus consejos, y aun á traspasarlos.

En el bien como en el mal, las naturalezas de su clase no saben obrar á medias. Ella quería, de un arranque único, saltar el rio de fango que la separaba del objeto indicado de lejos por Aurelia, como otra tierra de Canaan; — volver á ser otra vez Celina á sus propios ojos, y no ser mas Nini Moustache para nadie.

Los primeros fervores de la rehabilitacion entrevista le hacian creer esta tarea fácil. Así como los borrachos que conservan todavia las acritudes de la embriaguez de la vispera, y se imaginan que les será imposible beber de nuevo sin disgusto.

Y por de pronto, era preciso romper de un solo golpe y para siempre con el pasado...

Para ella y por ella M. de Puysaie había sido arruinado. Si le era imposible devolverle toda aquella fortuna dilapidada en algunos años, al menos podia restituirle los restos de ella que estaban en su poder.

Todo consistía en operar esta restitucion con rapidez bastante, para que M. Gigant no pudiera oponerse, y de tal manera que M. de Puysaie se viese obligado á aceptarla de ella.

Apenas entró en su casa, Nini Moustache reunió en un legajo billetes de banco, títulos de rentas, acciones, todo lo que debía á la munificencia del conde, y metiéndolo en una gran cubierta, la cerró, selló, y puso el sobrescrito para el conde. Despues pasó á hacer el inventario de las joyas.

De estas hizo dos partes. La una, la menos importante, venia de diferentes procedencias. Nini la reservó para proporcionarse los primeros recursos indispensables á su nuevo género de vida. La otra le venia de M. de Puysaie; está era preciso devolverla.

Había carbunclos, rubies, diamantes, brazaletes capaces de dar envidia á una duquesa, perlas finas dignas de una corona. Nini Moustache se adornó con ellas por última vez, las hizo centellear al resplandor de las bugias, y con un gran suspiro las volvió á cerrar en sus estuches.

Dos ó tres joyeros en París podian solos comprar y pagar al contado el contenido del cofrecito. Nini Moustache escribió inmediatamente á M. Clemente, bulevar de las Capu-

chinas, y al siguiente dia, desde muy temprano, M. Clemente se puso á sus órdenes.

Este negociante, este artista mas bien, cuyo nombre se ha pronunciado varias veces en el curso de esta relacion, era un hombre de unos treinta años lo mas. — París es la ciudad de los triunfos rápidos. Tres ó cuatro años le habian bastado para crearse una reputacion casi única en su arte. — Esta reputacion la habia debido sobre todo á una especialidad muy curiosa en materia de joyas antiguas. — Nadie mas hábil y mas ligeramente que él sabia cincelar el oro, el bronce y la plata á la manera de los artistas del Renacimiento. Además del valor intrínseco de la materia, toda obra que salia de sus manos era un tesoro de buen gusto en los detalles, y de verdad arcaica en el conjunto.

El gusto romántico inducia entonces á todos los talentos hácia esta reconstruccion del pasado. Se puede decir que lo mismo que el célebre Froment-Mauricio, Clemente fué uno de los Teófilo Gautier de la joyería.

Buen mozo además, vestía á las mil maravillas el traje medio señor, medio de capricho, usado en los talleres de esa época; y las formas elegantes de su cuerpo y de un talle nervioso y fino á la vez resaltaban bajo la presion de su túnica, especie de levita chaqueta de rico terciopelo negro muy ajustada al cuerpo. Los largos rizos lustrosos de su cabellera se escapaban en desórden armonioso de debajo de las anchas alas de su sombrero de fieltro gris, y se esparcian con gracia sobre su cuello blanco á lo Luis XIII. En fin, su bigote retorcido y su perilla puntiaguda como un punto ó signo de admiracion, acababan de dar á Clemente el aspecto de un evadido del colegio de los pasantes de notarios ó de la plaza Real.

Con eso, y sin ninguna pretension con una risa muy franca en los labios; una mirada resuelta, pero sin fanfarronería; una mano nerviosa, una voz sonora, y con el desarrollo del hombre habituado á trabajar con sus manos, unido á toda la elegancia del hombre de mundo, tal era Clemente, y nada tenia de extraño ni particular que, con semejantes dotes y cualidades, hubiese hecho rápidos progresos en su fortuna, ni menos el que se hubiese adquirido una numerosa y escogida clientela.

Examinó minuciosamente y en sus menores detalles el contenido del cofrecito, y acabó por ofrecerse, como comprador, por ciento cincuenta mil francos.

Era poco mas ó menos el precio exacto que las joyas habían costado.

Nini Moustache quedó atónita de que le ofrecieran tanto; pero la reputacion de honradez de Clemente era tan grande y estaba tan bien sentada, que á ella le pareció suficiente para explicar esa anomalia.

Aceptó pues el ajuste sin otra reflexion, é inclinándose para despedirse, Clemente declaró que volvería el dia siguiente á buscar el cofrecito trayendo la suma.

Dió algunos pasos hácia la puerta, y volviéndose despues:

— Perdonadme, dijo, si mi pregunta es un poco indiscreta; pero el ajuste que acabamos de terminar la autoriza

en cierto modo: — ¿Tendrais por casualidad la intencion de deshaceros de vuestra casa?

La proposicion era muy favorable á los proyectos secretos de Nini Moustache para que ella no respondiese afirmativamente.

— ¿Del hotel amueblado tal como está en este momento? insistió Clemente. Nos arreglaríamos tambien respecto á los coches y los caballos. Sin duda conoceréis el nombre del comprador que os propongo. Es uno de mis mas ricos parroquianos, el vizconde de la Cruz, y yo sé que en estos dias anda buscando, sin poder encontrarla, una ocasion tan buena como esta.

— Entonces todo esto se arreglará muy bien, respondió Nini Moustache. — Pienso hacer un viaje, y este arreglo sería el mas conveniente que yo pudiese desear.

— En ese caso os enviaré M. de la Cruz tan pronto como le vea.

Es probable que Clemente sabia donde encontrar á su rico parroquiano, pues no habia pasado una hora cuando este vino á su vez á llamar á la puerta de la casa.

Visitó todo, como gran señor, rápidamente, y el contrato se cerró en doscientos mil francos en el dia mismo: los obstáculos parecian allanarse ante Nini Moustache hasta el punto de hacer que las gentes de la curia, los hombres de ley, se mostrasen presurosos en servirla. La venta fué pues firmada en casa del notario, y aceptada por el vizconde de la Cruz, en nombre de la señora viuda Lamouroux. — Regularizado todo, los fondos fueron entregados inmediatamente, y por la noche de aquel mismo dia, Nini Moustache pudo contemplar sobre su mesa un enorme legajo de valores que daban el total respetable de cuatrocientos mil francos.

¡Una fortuna!

Esta suma enorme representada por papeles sedosos de todos los colores y de todos los tamaños, ella la palpó desdenosamente con la punta de sus dedos sonrosados, para verificar la cuenta. El número sonoro, cuatrocientos mil francos, no excitó en ella ninguna codicia. Habia tenido mil veces mas pena en deshacerse de sus joyas, que representaban todo lo mas la tercera parte de los billetes que manejaba con tanta negligencia.

La mujer es algo salvaje respecto de esto; tiene una concepcion muy oscura de los valores abstractos. Aunque por la educacion le hayan enseñado el valor relativo de las cosas, la menos pródiga gasta mas fácilmente un billete de banco que la misma suma en oro, y arroja esta misma suma mucho mas gustosa al viento de su capricho, que una joya de mucho menos valor.

Así se ven algunos ejemplos de mujeres avaras, ocultando su hucha en el extremo de un jardín ó entre la lana de sus colchones, á manera de las urracas, que ocultan en agujeros de las paredes todos los objetos relumbrantes que encuentran, mientras que pocas, aun las mas deseosas de ganancias, se lanzan en las aventuras de la especulacion.

Como quiera que sea, generosidad ó indiferencia, Nini Moustache guardó sin la menor emocion los papeles im-

presos, que representaban una fortuna, en el sobre donde anteriormente habia colocado los otros.

Al dia siguiente, por la tarde, debía entregar su casa al nuevo propietario, y se proponia hacer entregar aquel paquete en manos del conde de Puysaie, en el momento en que, fuera ya de París y en camino para el extranjero, toda pesquisa para volverla á encontrar fuera inútil.

Unió al paquete una carta en la que explicaba su conducta, y tranquila con esta gran resolucion ya cumplida á medias, se puso con ardor á hacer los últimos preparativos de su viaje.

Para poderlos hacer con mayor libertad, habia dado órden de no abrir la puerta á nadie; pero M. Gigant poseía la llave de oro con la que todas las cerraduras se abren, y al dia siguiente por la mañana, en el momento en que cerraba el candado de la última caja, entró en su cuarto.

M. Gigant parecia tener de cuarenta á cuarenta y cinco años. Era alto y grueso, ancho de espaldas, robusto de puños. Su rostro no carecia de cierta regularidad grosera, que habria podido hacerle pasar, en otro tiempo, por lo que se llama comunmente «un buen mozo». Pero lo que dominaba en él á primera vista, era una especie de vulgaridad pretenciosa. Sus dedos cortos, cuya última falange, ancha y cuadrada, estaba rodeada de un círculo negro, dejaban apenas percibir su piel velluda á través de los anillos de que estaban cargados. Una cadena larga serpenteaba con ostentacion en su chaleco de ramajes, que se hubiera dicho haber sido cortado de un viejo chal. Una levita azul con botones de oro y pantalones claros de color nankin, completaban su traje.

Todos estos detalles que hubieran debido formar un conjunto grotesco, lo componian terrible. Detrás de aquellos ojos bestiales, inanimados, como embrutecidos, se adivinaba agazapado un pensamiento siniestro que velaba. Cuando la boca estaba cerrada, los labios delgados y demasiado estrechos para la magnitud de la mandíbula, daban á su boca el aspecto de un hocico embridado de un perro de presa. Pero cuando se abrian estos labios para dejar escapar una risa silbante, permitian percibir dos hileras de dientes blancos, espaciados, en las que faltaban muchos de los dientes incisivos, al par que sobresalian los caninos, ó sean los colmillos, que por su configuracion y longitud se parecian á los de un jabalí. Entonces toda la fisonomía se trasformaba de repente. La nariz se torcia en mil contorsiones extrañas, abriendo anchas sus ventanas, como las de un animal de presa que olfatea la sangre. Los ojos se encendian pálidamente como el fósforo, y la sangre, empurpurando los carrillos, henchía las venas de un cuello apoplético, y tomaba esos tintes vinosos y lividos que se notan en ciertas setas venenosas.

¡Cosa asombrosa! Con tantos signos denunciadores del alma en el rostro, M. Gigant pasaba entre todos sus conocidos por «un buen hombre». Es que, en efecto, aquel profundo político tenia de «buen hombre» la principal cualidad, «la bolsa fácil», y esa cualidad le dispensaba de todas las demas. La bolsa fácil, pero con buenos intereses;

pues aunque no los pagasen en dinero, sus numerosos deudores los pagaban no obstante siempre. M. Gigant era un especie de usurero en favores.

¿Se puede rehusar una diligencia, un informe, casi nada á aquel que el día anterior os ha hecho encontrar al fiado un reloj para llevar á empeñarlo al Monte de Piedad, un chal de cachemira de lance, ó que os ha pagado una franqueta? Así M. Gigant, gracias á su indulgencia anti-cristiana por los vicios del vecino, que aun, en caso de necesidad, provocaba, se había creado poco á poco una policía oculta, tanto mas peligrosa y difícil de evitar, que aquellos mismos que formaban parte de ella, en su mayor parte, lo ignoraban. Cuando uno sabe todo, es muy fuerte. Desde el proverbio del elegante retrete hasta el drama sangriento de la taberna; desde la tienda oscura de la vendedora de modas de vigésimo orden, hasta la usura en mayor pié del comerciante en palo de rosa ó en palisandro, M. Gigant sabia todo, en su especialidad.

En frente de este hombre pues se encontró Nini Moustache. M. Gigant se sonreía, y Nini se apercibió, al ver aquella sonrisa, que el combate seria rudo, y se puso valerosamente en guardia.

— ¡Ah, ah! dijo M. Gigant, fingiendo ver por primera vez los fardos que embarazaban el suelo, ¿vamos de viaje, segun parece?

— Sí, respondió resueltamente Nini Moustache.

M. Gigant hizo una pirueta sobre sus talones, y se sentó en uno de los baules, mordiéndose el puño de marfil de su baston.

— ¿Y tú no me has avisado? prosiguió con tono paternal. Eso está mal hecho, despues de lo bien que me he portado contigo.

Nini Moustache le miró, como si fuese á responderle, y se encogió de hombros.

— Y ¿cuándo vuelves? preguntó M. Gigant con indiferencia.

— No lo sé, respondió secamente Nini Moustache.

Pero bajó los ojos, pensando que la lucha iba á empeñarse.

M. Gigant frunció sus gruesas cejas.

Sus ojos se paseaban de derecha á izquierda, y cayeron sobre el legajo voluminoso dirigido al conde de Puysaie.

— ¿Qué es esto? preguntó levantándose.

Pero ya Nini Moustache se había precipitado entre él y el legajo.

— Eso no os importa. No lo vereis.

— ¡Vamos! dijo M. Gigant con voz ruda, pero temblorosa de ira, no hagamos niñadas.

Se apercibió sin duda, en la actitud de su esclava, ayer tan sumisa y hoy tan resuelta, que iba por camino errad, y continuó con dulzura:

— Permanezcamos siendo buenos amigos; eso valdrá mas para todo el mundo.

— Y al cabo y al fin, ¿por qué os lo ocultaré? exclamó Nini, á quien la falsa retirada de M. Gigant daba valentía; eso es una restitucion que hago á M. de Puysaie.

— ¡Una restitucion! dijo M. Gigant con ironía. Eso es, á fé mia, enternecedor. Florestan te ha mimado, chiquita mia; te ha hecho tomar demasiado gusto al drama. La comedia vale mas, creeme, para una jóven advertida. Despues de todo, eso te corresponde; ese dinero es tuyo, pues que te lo han dado; tú puedes usar de él como mejor te parezca.

Nini Moustache estaba azorada de tan fácil triunfo.

— Y, preguntó M. Gigant, sin indiscrecion, ¿cuánto hay dentro de ese paquete?

— Cuatrocientos mil francos.

M. Gigant se sonrió con aire desdeñoso, y alzando á su vez los hombros:

— Cuatrocientos mil francos, dijo, eso es una miseria que no salvará al conde. Y una fortuna para ti.

Se volvió hácia Nini Moustache y le tomó las manos, que ella le abandonó.

— Raciocinemos, dijo. Yo tenia necesidad de la ruina de M. de Puysaie. Esa ruina está consumada. ¿Crees tú que si esos cuatrocientos mil francos la pudieran reparar, no encontraria yo un medio para impedirte restituirselos? Tú puedes hacer esta devolucion, porque no contraria ninguno de mis proyectos. Si tú quieres yo mismo te acompañaré hasta el palacio del conde para que cumplas ese bello rasgo de desinterés. Solamente no te pido sino una cosa, y esta peticion me es dictada únicamente por mi amistad por tí: que reflexiones.

Todo esto fué dicho con una voz afectuosa, casi paternal. Nini no podia creer casi lo que oia.

— Venia justamente, continuó M. Gigant con el mismo tono, para decirte que no tenia necesidad de tu concurso. Desde algun tiempo á esta parte me apercibo de tus repugnancias. Tú no me seras en lo sucesivo mas que una mala herramienta, de la cual prefiero prescindir. ¡Ah! si tú fueras la mujer que creí al principio, yo te hubiera proporcionado una buena suerte. En fin, no hablemos mas de eso. No es en balde que se conoce uno como nosotros nos conocemos, hija mia, desde la A hasta la Z. Un día viene á mezclarse el verdadero afecto, y precisamente yo queria darte hoy una prueba de mi interés, tratando de arreglar lo mejor posible tu vida venidera.

Así, yo queria aconsejarte que vendieras esta casa, tus joyas, tus coches, en una palabra, que realizaras todo. ¡Está ya hecho, bueno!... eso ha producido cuatrocientos mil francos.

No contaba yo con tanto; pero no es motivo para quejarse el que haya valido mas. Esto produce, á cinco por ciento, veinte mil francos de renta, es decir con que vivir convenientemente en el mundo de la clase media, — aun en Paris.

Para probarte que todo eso no es un cuento inventado para la circunstancia, hé aqui la llave del aposento que he alquilado enteramente amueblado en el Marais, bajo el nombre escogido por tí, de madama Morel.

Despues yo me decia — porque en fin es menester pensar en todo — si ese M. Morel imaginario llegará á morir, si la prima quedara viuda, podria al mismo tiempo heredar en la



Se sentó en uno de los baules.

Turena ó en el Berry, lejos de Paris, una casita de campo con sus ventanas verdes, con parrales á lo largo de las paredes y gallinas en el corral. ¿Y quién podria entonces impedirle ir á habitar allá abajo, donde nadie la conoceria y donde sus veinte mil francos de renta la harian entonces muy rica? ¿Quién la denunciaria? Nadie. Y puesto que sus instintos la impelen hácia esa tontería sentimental que se llama el Bien, podria entregarse de todo corazon á ello, llegar á ser la señora patrona de su parroquia y el ángel consolador de su canton.

Luego Ursula iria á reunirse con ella, y entonces ¿qué vida de ternura y de bienestar! ¿eh?

Hé ahí lo que pensaba, querida mia. Tú piensas de otra manera. Devuelve á ese conde pródigo ese dinero que no puede evitarle la ruina. Ponte tú en la desgracia. Deja á tu hermana expuesta á las sugestionas de la miseria, pero no vuelvas tampoco á quejarte á mi, cuando con el euévano al

hombro, envilecida y envejecida, veas pasar á Ursula en una carretela, con vestido de terciopelo.

Y despues de estas últimas y terribles palabras, M. Gigant se marchó dejando á Nini Moustache aterrada. Miraba con ojos fijos aquel paquete, y de aquel legajo, que tan fria la encontraba hace un momento, le parecia ver surgir el sueño dorado evocado por el tentador... la casa con ventanas verdes, el respeto de todos y el amor de Ursula...

M. Gigant se había marchado. Pero había dejado sobre la mesa la llave del aposento del Marais, con las señas de la casa unidas al anillo.

Nini Moustache rompió el pliego dirigido al conde, rasgó el sobre en mil pedazos, y estrechando los preciosos papeles contra su corazon, envuelta hasta los ojos, con la llave en la mano, salió de su propia casa como una ladrona.